

EL HOMBRE DEL ANDE QUE ASESINÓ  
SU ESPERANZA, por José Varallanos.

José Varallanos es de la tierra de Eguren y de Mariátegui, es decir, del Perú. Tiene 20 años y ha publicado un primer libro, *El hombre del Ande que asesinó su esperanza*, poemas que reflejan un temperamento penetrante y camino en el que se presienten pasos más decididos y seguros, porque ya hay en esta obra intensidad en la exposición; vigor de sentimiento, sobrio, varonil; fresca en las metáforas y ese desorden aparente, tan característico en el lírico auténtico.

A menudo aparece en este *Hombre del Ande* la emoción. Contenida, dominada; corre oculta, sigilosa como el jugo de una fruta que quisiera romper su corteza. Y es un placer poder captar esa tentativa escondida. Sin embargo, a veces la emoción rompe su cáscara, salta, se desborda y es entonces un gemido hondo, un grito vigoroso. Por eso leyendo este conjunto de poemas, se siente—como apuntaba el autor de *Le Potomak* frente a las manifestaciones del arte llamado nuevo—antes de comprender.

Pues también José Varallanos es un poeta muy actual. Ha sabido coger las influencias de las estéticas predominantes, asimilándolas, diluyéndolas—manera única de exprimir las en beneficio propio—hasta transformarlas en esencia distintiva.

No obstante el libro de José Varallanos se resiente de cierto apresuramiento e imprecisión. Hay en él mucho de esa especie de poema stan-

dard—resultado del último movimiento simultáneo hacia la palingenesia estética—que hace uniforme la obra de casi todos los poetas americanos de vanguardia. Podrían citarse numerosos versos del *Hombre del Ande*, que se pueden atribuir a cualquiera de los otros escritores más o menos en boga en los círculos de intelectuales jóvenes, sin que se notase la traslación. Pero Varallanos ya se va desprendiendo de este lastre—en algunos poemas muy recientes que hemos leídos en revistas peruanas—y cada vez diferencia más su personalidad.

Uno de los defectos graves, como ya se lo han hecho notar, de que adolece el libro de Varallanos es la ausencia de capacidad de síntesis que demuestra. En realidad, en el *Hombre del Ande que asesinó su esperanza* hay demasiados versos, poemas demasiado extensos, que hacen pesada la lectura y que neutralizan, o más bien, malogran a menudo la impresión que habían conseguido despertar. Pero Varallanos es bastante joven y confiamos en él lo suficiente para saber que estos defectos—pequeños en relación con sus bondades—irán desapareciendo con el tiempo.—*Arturo Troncoso.*

<https://doi.org/10.29393/At56-22MPRS10022>

MORT DE LA PENSÉE BOURGEOISE,  
por *Emmanuel Berl.*

Cuando M. Julien Benda publicó su ya célebre *Trahison des clercs* seguramente no creyó hacer tan opulento servicio al pensamiento francés. Desde entonces, en efecto, muchos son los escritores y pensadores

que han vuelto la atención hacia los más inquietantes problemas intelectuales. El libro de Benda ha provocado réplicas y protestas. Entre estas últimas, ya que no se trata precisamente de una réplica, puede ubicarse *Mort de la pensée bourgeoise* (1) de que es autor M. Emmanuel Berl. *Mort de la pensée bourgeoise* es un panfleto literario, y se acomoda muy bien a la declaración del autor en su prefacio:

Pamphlétaire je suis, pamphlétaire je veux rester.

Ahora bien, en este violento panfleto literario ¿qué enseñanzas se recogen? Primeramente, un carácter que el autor atribuye a la literatura francesa contemporánea. Esa literatura, en efecto, está atrasada con respecto a la evolución humana del país y, por tanto, de la época. Está atrasada por sus temas y por sus pensamientos directivos. Tal vez la intención del autor se completaría si se dijese que no sólo está atrasada sino que, en cierta medida, está divorciada de los problemas humanos de hoy.

Para entender bien al autor conviene hacer presente que es judío y revolucionario, de filiación, al parecer, comunista. Su crítica tiene, pues, una intención social más que literaria, y aunque el punto de vista parezca disparatado, preciso es confesar que es legítimo si se apoya en datos efectivos y procede conforme la lógica. En el caso de M. Berl estas

exigencias se cumplen, aun cuando su libro sea un poco desordenado.

«Nuestra literatura—dice el autor—es extraordinariamente conformista. Entre ella y los poderes reina un acuerdo excepcional.» Más adelante: «Más burguesa que la burguesía.» Y en fin: «Burguesa por su desconfianza de la ideología.»

Aquí se toca el eje de las observaciones del autor. Si la literatura contemporánea de Francia, dice, es de tal modo burguesa y limitada, ello se debe a su temor a las ideas. «Amor de la historia y odio de la idea» es el carácter decisivo de la etapa actual para M. Berl. No hay para el panfletista ningún escritor que se entregue a una idea y la siga hasta donde ella quiera llevarlo. La idea da miedo a mentalidades burguesas y conformistas. Pero es más literario considerar otra consecuencia del mismo principio:

Burguesa por su terror de las ideas, nuestra literatura lo es también por desconfianza del hombre. Esta desconfianza es uno de los caracteres principales de la novela contemporánea. El novelista no ama a sus personajes. Y no quiere que nosotros los amemos.

Tal vez es aquí donde se alcanzan los puntos más jugosos de las proposiciones de M. Berl. A continuación, en efecto, emprende una cruzada crítica en que los principales escritores de hoy se ven combatidos acremente por sus producciones. A Maurois se le combate por sus biografías noveladas (*género híbrido y falso*, dice M. Berl), a Jean Giraudoux por sus piezas teatrales y sus

---

(1) París, Bernard Grasset editor. Colección *Les Ecrits*, 1929.

novelas, a Jean Cocteau por sus preferencias artísticas. Como resumen de este examen, tal vez desapacible pero en todo caso sincero, M. Berl dice que lo único «que ha hecho la literatura por la causa de la libertad» es su defensa de la inversión sexual. La afirmación no es exagerada y prueba de qué manera esa literatura se ha ido alejando del hombre y ha llegado a ser una especie de planta de invernadero en que sólo lo extraordinario se cuenta.

M. Berl, que no siempre declara francamente su pensamiento directivo, llega a formular en términos bien explícitos en qué consiste la tragedia del hombre intelectual de hoy:

El drama del intelectual contemporáneo es que querría ser revolucionario y que no puede llegar a eso. Siente la necesidad de sacudir el mundo moderno, aprisionado en la red de los nacionalismos y de las clases, siente la imposibilidad moral de aceptar los destinos de los obreros de Europa, destino más inaceptable tal vez que el de cualquier grupo humano en cualquier período de la historia, puesto que la civilización capitalista, si no los empuja siempre necesariamente a la miseria integral en que Marx los veía hundidos, no puede ofrecerles ninguna justificación de su existencia con relación a un principio o una finalidad cualquiera.

Estas palabras definen el objeto y el alcance de este libro, que es, como se ve, no sólo un alegato contra la tesis sostenida por M. Benda en su *Trahison* sino un llamado a los intelectuales hacia las realidades económicas, sociales y políticas del mun-

do moderno. En las cuales M. Berl ve el objeto mismo de la literatura o, por lo menos, uno de sus más seguros puntales.—R. Silva Castro.

DOCE ESCRITORES, por *Fernando García Oldini*.

Decía un escritor francés hablando de Baudelaire, que hay seres en quienes la expresión se tortura y no puede manifestarse de un modo llano y natural. Algo de esto observamos con la lectura del reciente libro de Fernando García Oldini (1). Conocíamos al autor, estimábamos su persona vibrante y simpática, oímos cierta vez una aguda conferencia suya y conservábamos ese rescoldo de interés por lo que, desde lejos, envía para los lectores chilenos. Ahora reaparece con un lote de *doce escritores* que, en el fondo, son once, por duplicarse allí el análisis de González Vera.

García Oldini ensaya una interpretación lírica y retorcida de los valores intelectuales de Chile. Todo le sale así, de un modo amanerado y retorizante, que recuerda al fogoso tribuno de las épocas democráticas, de las asambleas donde muchos varones se ahogaban en sus propias palabras.

Es curioso observar que este hombre de sensibilidad remozada, alerta a corrientes e ideas que acechan esplendorosamente a los temperamentos juveniles, se deje envolver en sus palabras, que revisten, a veces, re-

(1) Editorial Nascimento, Santiago, 1929.